

Dos posiciones frente a un cambio social histórico: Martín Lutero-Ignacio de Loyola

En la historia humana hay períodos en los que se producen cambios profundos que rompen esquemas consagrados por siglos de estable unidad. Si es U historia la que hace a los protagonistas de estos cambios o son estos protagonistas los que producen el cambio histórico, es materia discutible. Lo que no parece que se pueda negar es que en estos momentos de profunda alteración en los esquemas y formas de vida y en los sistemas de valores culturales, surgen figuras que participan activamente en la dinámica de esa transformación.

El paso de la Edad Media a la Edad Moderna es uno de estos momentos, en el que hay dos hombres, con muy distinto papel, que participan activamente en el proceso de cambio: Martín Lutero, protagonista de excepción, e Ignacio de Loyola, sin protagonismo aparente. Los dos, en principio, tratan de salvar a la Iglesia de Roma, que vive momentos críticos. El camino no es fácil para ninguno de los dos.

En años de tensión y ensayo, cada uno define su actitud, su opción y la sigue consecuentemente hasta el final.

Renacimiento-Humanismo

Con el Renacimiento se produce un cambio de enorme trascendencia en la

historia de Europa. La unidad cultural, lograda básicamente por el acatamiento de la suprema autoridad de la Iglesia de Roma a lo largo de todo el medioevo, se cuestiona desde diversos ángulos, hasta romperse de manera clara en el siglo XVI.

Desde el siglo xm se observan síntomas de enfermedad en esa unidad del mundo cristiano. Los síntomas crecen hasta llegar, en la frontera de los siglos xv y xvi, la explosión de enormes proporciones que rompe esa unidad medieval y cuestiona el mismo sentido de la Iglesia.

La cultura de la Edad Media estaba dominada y determinada por el Cristianismo. Dios era el centro. La imagen del mundo y del hombre, el ser de las cosas cobraba sentido por su relación con Dios. Dios santificaba al mundo y al hombre y la Iglesia aparecía como mediadora de ese proceso de santificación. La escolástica y, en la alta Edad Media, el Tomismo, habían sentado las bases para esta cosmovisión cristiana y eclesial.

El *quattrocento* y *cinquecento* italianos redescubren al hombre en su potencia y riqueza individual y en su contacto y quehacer con la vida y las cosas y con la inmensa grandeza del universo. Se rompen los moldes medievales, se

cambia el sistema de valores, se estructuran nuevas naciones-estados, se descubren tierras nunca pensadas por el hombre, se establecen las bases para el estudio de la naturaleza y desarrollo de las ciencias y se cambian los modelos y estructuras comerciales y económicas.

El interés por los clásicos grecorromanos despertó el interés por el hombre y lo humano. Muchos factores, que aquí 110 es posible consignar, contribuyeron a este cambio de orientación que hacía del hombre ideal la medida de las cosas, dándole una autonomía que antes se le negaba.

Aunque el canónigo polaco Copérnico publicó su obra *De revolutionibus orbium coelestium* (sobre el movimiento de los cuerpos celestes), en 1543 —obra que dedicó al Papa Paulo III—, ya hacía años que la teoría geocéntrica del Medioevo había perdido fuerza entre los eruditos, en favor de la concepción heliocéntrica del universo. Este mayor conocimiento de los movimientos de los astros estimuló el estudio de la naturaleza y de las leyes con que se rige. Poco a poco se formularon esas leyes que permitían conocer cómo funcionan los fenómenos naturales. El hombre, que antes acudía a Dios para explicar esos fenómenos, empieza a pensar el mundo como un ente autónomo que funciona según las leyes que él mismo podía formular. Así, el hombre y el universo se salían del influjo de la Iglesia que en el Medioevo había controlado todo el campo del saber.

También en el campo político se resquebraja la idea universal del imperio y del poder ordenador del Emperador, hijo fiel de la Iglesia. En su lugar cobran fuerza los estados nacionales y territoriales, que desean poseer también sus culturas nacionales y sus iglesias locales o territoriales, independientes de Roma.

Se producen cambios profundos en la

economía, que darán origen en años posteriores a la aparición del capitalismo en Europa. Contra la teoría de Max Weber, que concede al Protestantismo el papel de creador del capitalismo, parece más exacta la de Ernest Troeltsch, que afirma que las bases del capitalismo estaban ya establecidas en Europa cuando apareció la Reforma. Sin entrar en detalles puede afirmarse que el Protestantismo y, más concretamente, la corriente puritana de Calvino, cohesionaron un sistema económico que ya existía, pero que carecía de respaldo ético-religioso.

Junto a todo esto, no hay que olvidar el descubrimiento de nuevas tierras a finales del siglo xv y el invento de la imprenta por Johann Gutenberg, probablemente en 1436, en Strasbourg, de evidente importancia para la difusión de las obras de Lutero.

La distancia quita hierro a la desorientación que debieron experimentar muchos cristianos de la vieja tradición medieval al ver los cambios que se operaban, las nuevas corrientes que se introducían en el corazón mismo de la Iglesia. En buena lógica, la ciencia moderna que se iniciaba no necesitaba de Dios para progresar. El determinismo de las leyes físicas, en el campo de los fenómenos naturales, marginaba, cuando menos, la intervención de Dios en los procesos de esa vida natural.

Tal vez lo más próximo a la realidad del cambio que se operaba, sea afirmar que se empezaba a sacar a Dios y a su Iglesia del campo de la acción humana. Proceso lento y lleno de tensiones, porque, en su profunda realidad, implicaba un cambio radical en orientación.

En este ambiente de cambio y turbación, Martín Lutero e Ignacio de Loyola tuvieron que situarse y trazar rutas que otros muchos habrían de seguir. Convivieron sin encontrarse, lucharon separadamente y en opuesta dirección

por lo que cada uno entendía era la verdadera Iglesia de Dios: reforma frente a renovación; reforma, rompiendo la unidad del cuerpo cristiano, frente a renovación purificadora en el espíritu de la Iglesia.

Lutero

Acaba de cumplirse el quinto centenario desde que un minero y una campesina dieron vida a un niño despierto y vivaraz, en un pueblecito —Eisle-ben— de Sajonia. Lutero creció como todos los niños. Destacó en la escuela de la Catedral de Eisenach, lo que le facilitó la entrada en la Universidad de Erfurt, en 1501. Cuatro años después algo extraño ocurre en su vida, difícil de precisar: según unos, un rayo estalló a sus pies en su camino hacia la casa paterna. Lutero, en la gran confesión que presentó a su padre en 1521, justifica su entrada en el convento de ermitaños agustinos en Erfurt afirmando que se sintió impulsado a obedecer el mandato de Dios, venido hasta él como un rayo.

Ya agustino, muy piadoso y observante, según todos los testimonios, se ordena dos años después, 1507, y empieza a explicar filosofía en la Universidad de Wittenberg, en la nueva línea del filósofo inglés Guillermo de Ockham.

Lutero simultaneó la enseñanza con el estudio de la Teología y Sagrada Escritura hasta doctorarse en 1512.

Parece que en estos años pasó Lutero por las grandes crisis de fe y desconfianza en la Iglesia establecida. Digo parece, porque en la personalidad de Lutero hay dos momentos distintos: uno como actor y ejecutor de los hechos que le convirtieron en el reformador y otro como narrador e intérprete de estos hechos, en los últimos años de su vida.

Dudó de la justicia de Dios al poner

al hombre en condiciones insuperables de pecado. Dudó de la eficacia y autenticidad de los sacramentos para conseguir la vida de gracia. Dudó de la Iglesia, a la que conoció corrompida en sus costumbres y normas. Sobre todo, dudó de las interpretaciones que se daban a las Escrituras, cuya traducción a las lenguas vernáculas estaba vedada... Hasta que un día, leyendo la carta de San Pablo a los Romanos, encontró la solución a sus dudas. El mismo nos la cuenta:

Disputaba yo con Dios en mi conciencia atormentada y torturada, pero con no menos violencia llamaba a la puerta de Pablo, anhelando comprender lo que decía. Hasta que por la gracia de Dios y después de meditar noche y día, se me descubrió el sentido de la justicia de Dios, que se escribe en el Evangelio, en la palabra: «el justo vive de la fe».

Entonces empecé a comprender que la justicia de Dios es aquella por cuya virtud el justo vive por la gracia de Dios, es decir, la fe. Esto significa que la justicia de Dios, revelada en el Evangelio, nosotros la recibimos y por ella Dios misericordioso nos justifica mediante la fe. Entonces me pareció que había nacido de nuevo y que había entrado en el paraíso por las puertas abiertas...

En 1517 escribió el comentario a la carta de San Pablo a los Romanos. Al final del capítulo III, dice *arbitmmur enim justifican hominen per solam fi-dem*. Wenceslao Link objetó la introducción de la palabra *solam* en el texto bíblico. Lutero la mantuvo¹.

Para entonces, Lutero había cambiado mucho. En los primeros años de su vida religiosa hizo grandes penitencias y ayunos y la Reforma, tal como él la pensó, al comienzo, entre los años 1509 y, posiblemente, hasta 1515, año en que fue nombrado vicario del distrito de

¹ «Ego vos hortor ne attendátis inútiles garrulitates talium asinorum de verbo *sola*, sed sufficit ut respondeatis: Lutherus vult sit ita et ule dicit se essem doctorem supra omnes doctores totius papismi. Hoc verbum *sola* debet manere ibi» (Erlangen, *Luthers Werke*, 65, pág. 108). I

Wittenberg, equivalía a la purificación de la Iglesia de sus vicios y defectos.

Pero al descubrir que sólo la fe en que Jesucristo había satisfecho por todos a la divina justicia le garantizaba la gracia de Dios, sus dudas sobre la Iglesia, los sacramentos, la interpretación de las Escrituras..., desaparecieron. Su fe en Dios, no sólo creció hasta eliminar todo intermediario, sino que acrecentó también su fe en la capacidad del hombre para relacionarse con Dios, para interpretar por sí mismo las Escrituras, para prescindir de toda ayuda externa en su camino de salvación y para recorrer esta ruta incierta sin temores o vacilación.

La cuestión de las indulgencias, su enfrentamiento con el rudo y popular Telzel, en 1517, que predicaba la indulgencia de los muertos a cambio de limosnas para construir la basílica de San Pedro, la sorpresa que más tarde le produjo descubrir que la recaudación del dinero estaba administrado por los *fúrcars*, banqueros que desde 1514 tenían a su cargo lo que aparecía como el negocio o el comercio de las indulgencias, pienso que fue más la ocasión para la rebelión de Lutero, que la causa de la misma.

Todavía la publicación de las 95 tesis a la puerta de la Iglesia —Castillo de Wittenberg—, en 1517, muestra más el impulso de Lutero por abrir los ojos al pueblo ante un abuso, que la misma Iglesia sancionaría después, que su rebeldía frente a Roma. Baste leer la primera y las dos últimas de estas tesis:

1. Cuando Nuestro Señor Jesucristo dice: «haced penitencia», quiere que toda la vida del creyente sea pura penitencia.
94. Hay que advertir a los cristianos que han de esforzarse por seguir a su maestro Cristo por calamidades, muerte y dolor.
95. Que han de poner su confianza en que entrarán en el reino de los cielos más bien por penalidades que por vanas esperanzas.

Las 95 tesis contenían la fe de Lutero entonces. Las tesis se discutieron ampliamente y las condenas y aprobaciones llegaron. Las condenas de algún príncipe de la Iglesia, que como el arzobispo de Maguncia se quedaba con la mitad de la recaudación, y las aprobaciones de los príncipes de los Estados que veían salir de sus pueblos dineros para Roma.

La historia de los cuatro años escasos que van desde el día de Todos los Santos de 1517, en que Lutero publicó sus 95 tesis, hasta la excomunión de Lutero, en 1521, fue densa en acontecimientos para Lutero, y para la Iglesia romana, empeñada en lograr la *alianza* de los príncipes alemanes en la lucha contra el turco. Lutero evolucionó y puso su empeño no en defender las tesis contra las indulgencias, sino en proclamar su gran tesis de la salvación por la fe. Así, en la Dieta de Ausburgo, frente al cardenal Cayetano, en 1518 y, poco después, en Leipzig, al proclamar que el Papa y los Concilios podían errar y habían errado de hecho en la historia. Esta confesión marca la ruptura de Lutero con la Iglesia de Roma. Lutero quiso implicar al emperador Carlos de España, que, a los diecinueve años de edad, había sucedido al emperador Maximiliano, logrando así el mayor Imperio de Europa (28 de junio de 1519).

Lutero mandó un memorial al emperador Carlos, pidiéndole que convocase un concilio para aplastar al anticristo:

Si los romanistas impiden el Concilio, único medio de salvar la Iglesia, continúan sus manejos, no veo otra posibilidad sino que el emperador, los reyes y los príncipes ataquen con las armas esa peste de la humanidad y resuelvan la cuestión no con palabras, sino con el hierro. Si castigamos a los bandidos con la espada y a los herejes con el fuego, ¿por qué no hemos de atacar con las armas a esos cardenales, a esos papas, a toda esa Sodoma romana, que sojuzga y corrompe la Iglesia, lavando nuestras manos en sangre para salvarnos nosotros y los nuestros del más peligroso incendio universal?

La respuesta del emperador no se hizo esperar. El 28 de septiembre de 1520 expedía un decreto para los Países Bajos, en el que mandaba quemar todas las obras de Lutero. Para entonces, Lutero había logrado convertir su problema y actitud personal en problema de toda la nación alemana. Se habían editado sus obras y su posición frente a Roma había ganado adeptos entre los príncipes y el pueblo alemán. Su reacción, quemando la bula de excomunión *Exurge Domine*, era una declaración de guerra que forzó al emperador a enfrentarse con Lutero en la Dieta de Worms, primera que presidía el emperador Carlos y de la que Lutero salió condenado el 25 de mayo de 1521.

El resto de la vida de Lutero tiene menos interés para esta ocasión: su boda en 1525, sus viajes y enfrentamientos con los príncipes alemanes y con el pueblo, su retiro, en el que revisa sus obras, y su muerte en Eisleben, a los sesenta y tres años, no añaden datos fundamentales nuevos para nuestro propósito.

Frente a la gran convulsión que se produce al término del medioevo y comienzo de la Edad Moderna, con la desbordante fuerza del renacimiento humanista como motor impulsor, Lutero representa un modo de reacción tremendamente personal y revolucionario que hace saltar en pedazos la consagrada unidad de la cristiandad de la Edad Media.

Su reacción se mueve en tres coordenadas que quedaron claramente perfiladas en el año 1517:

1. Relación de la fe con las obras: el hombre viciado en su naturaleza no puede justificarse ante Dios. Jesucristo nos justificó y, por tanto, nuestra única salvación está en creer que Cristo es nuestra justicia. En otras palabras: la salvación o justificación se logra por un acto de fe personal, que no necesita de ayuda externa.

2. Relación de la doctrina de Dios en la Biblia y las interpretaciones dadas por los hombres y por el magisterio de la Iglesia: sólo en la Escritura está la doctrina verdadera de Dios y sólo el hombre, cada hombre, debe interpretar según su propio juicio lo que Dios le dice en la Escritura.

3. Relación de la Iglesia invisible con la Iglesia visible: todos los fieles creyentes forman esa Iglesia invisible, única, verdadera. La Iglesia visible está corrompida, negocia con signos externos y abusa de la credulidad de los fieles.

Es decir, también Lutero, como los humanistas renacentistas, centra en el hombre individual y personal el misterio de la salvación que está sólo en la Escritura y explica el «cómo» funciona en base al juicio personal que interpreta esa palabra de Dios.

Su rotura con la Iglesia y el Papa, su libertad para quebrar compromisos adquiridos en su vida religiosa, su capacidad para llevar al campo de la política un problema que al principio parecía únicamente religioso, son consecuencias, no causas, de su reacción y actitud personal. Actitud que en otras circunstancias hubiera probablemente quedado limitada a la dimensión local y temporal de sus dudas y decisiones personales.

Ignacio de Loyola

Cuando Lutero tenía siete años, nace en Azpeitia Ignacio de Loyola. Un año después, en 1492, los moros abandonan Granada, con lo que la gran liberación y unidad nacional se consuma, y Colón emprende su aventura americana. España vive momentos de enorme grandeza. Concluida la lucha secular contra los invasores, que nos dividió en lo político y en lo religioso, lograda la unidad es-

piritual, con un claro signo —contundente en procedimientos— de fidelidad a la Iglesia de Roma, recuérdense la Inquisición, la expulsión de los judíos, los bautismos por aspersión..., se piensa sin tregua en nuevas rutas para extender el poderío y llegar a las soñadas Indias de Asia, circunvalando la tierra.

La sorpresa inesperada de Colón al descubrir la Hispaniola, hoy Santo Domingo, y, luego, el Continente americano, no es fácil de imaginar. Junto a esto y en perspectiva cercana, se abría paso la resurrección del Sacro Imperio Romano en la Corona de Carlos V como heredero de Maximiliano.

Ignacio crece y se educa para ser hombre de corte y soldado. Su juventud está salpicada de duelos, riñas y aventuras amorosas. Cuando Lutero publicaba sus 95 tesis, Ignacio entraba al servicio del virrey de Navarra en 1517. Cuatro años después y con diferencia de sólo cinco días, Lutero era condenado en la Dieta de Worms, presidida por Carlos V, ya emperador de Alemania (25 de mayo de 1521) e Ignacio caía herido en la defensa del Castillo de Pamplona (20 de mayo de 1521).

Durante la convalecencia en el Castillo de Loyola, pide libros de caballería para matar el tiempo. En el castillo estos libros no se guardaban. En su lugar, le dan vidas de santos, *Píos sanctorum* y la *Vita Christi*, de Ludolfo de Sajonia. Leyendo las vidas de santos, se enfrenta Ignacio por primera vez con el sentido de su vida y de sus sueños de Corte. Primero se pregunta: «¿Qué sería si yo hiciese esto que hizo San Francisco?» y, luego, de manera más positiva... «San Francisco hizo esto, pues yo lo tengo que hacer». Su conversión es total. Repuesto del todo, marcha primero a Arán-zazu, y luego a Montserrat. En el camino hace voto de castidad y la fecha vuelve a coincidir con el tiempo en que Lutero escribía en Wartburg su alegato

contra los votos monásticos: *De votis monasticis*. En Montserrat, la noche del 24 al 25 de marzo de 1522, Ignacio vela sus armas, la espada y la daga, colgadas de la reja que protegía el camarín de la Virgen. Antes hizo confesión general y, como cuenta su autobiografía:

se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos..., los cambió por los del pobre. Así vestido, se fue a hincar de rodillas delante del altar de nuestra Señora, y unas veces de esta manera y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche.

En el hospital de Santa Lucía, en Manresa, y en una cueva junto al río Cardoner, emprende su nueva vida. Dedicada a la oración días, meses. Sufrir desaliento y tentaciones de abandonar toda esa aventura. Piensa en el suicidio, hasta que tiene la gran experiencia del Cardoner. Entonces cambió su visión del mundo, su sentido de la vida y de su propio destino. Peregrino en su ruta hacia Dios, se consagra a encontrar el mejor camino.

En la gruta, junto al río, escribe el primer borrador de los Ejercicios Espirituales y, para empaparse del sentido y significado de la vida de Cristo, decide marchar a Jerusalén. En Jerusalén pasa un mes de profunda meditación, que le decidió a capacitarse en los estudios para servir mejor a la Iglesia.

Barcelona, Alcalá de Henares, Salamanca, París, son los marcos donde se encuadra su *curriculum* académico. Humanidades, Filosofía, Teología, doce años de estudios en pobreza y con dificultades de todo tipo. Usando los Ejercicios logra reunir los seis primeros compañeros con los que el 15 de agosto de 1534 se junta en la Capilla de los Mártires de Montmartre para pronunciar sus votos de pobreza, castidad y de peregrinar a Tierra Santa. En caso de que no fuera posible llevar a cabo la peregrinación y permanecer en Tierra

Santa, se obligaban a ir a Roma y ponerse a disposición del Papa, para servir a la Iglesia donde el Vicario de Cristo mandase.

Esto último es lo que ocurrió. En noviembre de 1537, Ignacio y sus compañeros entraban en Roma y decidían, tras largas deliberaciones, fundar la Compañía de Jesús. La bula del Papa Paulo III, *Regimini Militantis Ecclesiae*, del 27 de septiembre de 1540, aprobaba definitivamente la nueva Orden, con sus especiales características, como son el nombre de «Compañía de Jesús», su apostolado universal y el voto de especial obediencia al Papa. Ignacio murió en Roma el 30 de julio de 1556, a los sesenta y cinco años de edad (diez años después de la muerte de Lutero, acaecida en 1546).

Durante los siete años que estuvo en París, Ignacio completó la redacción del texto de los Ejercicios y parece que fue entonces cuando escribió en el mismo libro las Reglas para sentir con la Iglesia. Al principio, los Ejercicios tenían un sello estrictamente individual, sin alusión alguna a problemas contemporáneos. Buscaban llevar al ejercitante a la experiencia de Dios para llegar a una decisión de servicio a Jesucristo.

El paso por las diversas universidades y, sobre todo, los siete años de estudio en París, le enfrentaron con las nuevas corrientes filosóficas y teológicas nacidas con el Renacimiento: el Humanismo y, sobre todo, la Reforma Luterana. Esto movió a Ignacio a escribir unas normas para ayudar a los ejercitantes a encontrar camino en situación tan confusa de ideas.

Las reglas para sentir con la Iglesia son, tal vez, la primera réplica contundente a la oposición de Lutero a la Iglesia visible.

Para Lutero, en los mismos años en que Ignacio estaba en París, la Iglesia auténtica estaba constituida por la co-

munidad de creyentes unidos en su fe.. La Iglesia visible con sus ritos, ceremonias, procesiones y reliquias —de las que fuera tan devoto en sus primeros años— con su jerarquía y cabeza visible en el Papa, estaba corrompida y representaba el reino del Anticristo. Esta doctrina,, llegada a París, provocó la reacción de Ignacio.

Ya en la primera regla, escribe:

Depuesto todo juicio, debemos tener ánimo* aparejado y prompto para obedecer en toda a la vera sposa de Christo nuestro Señor, que es la nuestra santa madre Iglesia hierárchica..

La postura de Ignacio es clara. No se trata de la Iglesia invisible, ni se acepta el juicio individual de la persona. Se define la obediencia en todo a la Iglesia jerárquica que es la verdadera.

En la Regla 13 deja más claro su pensamiento:

Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es. negro, si la Iglesia hierárchica así lo determina, creyendo que entre Christo Señor, esposo,, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras, ánimas, porque por el mismo Spiritu y Señor nuestro, que dio los diez mandamientos, es. regida y gobernada la sancta madre Iglesia-Queda así netamente definida su postura de plena lealtad y fidelidad a la Iglesia de Roma, la Iglesia visible presidida por el Vicario de Cristo y los. obispos.

Para evitar toda duda, exhorta en las Reglas a la práctica de los sacramentos,, las devociones, ritos y, en la Regla 9.^a:

Finalmente, todos los preceptos de la Iglesia, teniendo ánimo prompto para buscar razones en su defensa y en ninguna manera en-su ofensa.

Consciente del daño que las nuevas-doctrinas hacían en el estudio de la Teología, recomienda seguir a los Santos Pa-

dres y a Santo Tomás, los Concilios, Cánones y Constituciones de la sancta madre Iglesia (r. 11).

En relación con el papel de la fe en la salvación y de la predestinación, Ignacio no duda en valorar la fe, pero también las obras «que conducen a la salud y provecho espiritual de las ánimas» (r. 15) y en aceptar el papel de la gracia y de la libertad del hombre en el misterio de la salvación (r. 16-17).

Sin nombrar a Lutero, ni buscar argumentos, simplemente define su decidida voluntad de estar con la Iglesia visible en todos estos puntos. Ignacio no va solo. Cuando escribe estas reglas ya tiene seis compañeros y pronto tendrá muchos más. A todos exigirá esta fidelidad a la Iglesia visible y al Papa. Fidelidad a la doctrina tradicional de valor de las obras y de la gracia y todo en un contexto de unidad y universalidad. Por eso, el escuadrón ligero que él concibe como una compañía castrense, disciplinada, quiere que esté a las órdenes del Papa para discurrir por «cualesquiera partes del mundo». Para Ignacio el Papa era: «El Señor de toda la mies de Cristo... con mayor conocimiento de lo que conviene al universo cristiano» (*Obras*, 669).

Conclusión

Ignacio y Lutero vivieron un mismo período de la historia. Ignacio supo de Lutero, Lutero no supo de Ignacio. Los dos, en un momento de profundo cambio cultural, político y religioso intentaron una reforma que purificara a la Iglesia de vicios y corrupciones. Los dos son hombres de posiciones netas, bien definidas, sin concesiones a compromisos, sin campos neutros. Como dos bloques de granito de líneas firmes y vigorosas, representan dos posturas antagónicas frente a un tremendo cambio so-

cial que convulsiona la Europa del Renacimiento.

Lutero, en su grandeza, es un genio creador en el campo religioso. Su vivencia espiritual define toda la enorme actividad de su vida², en la que encontramos fe muy profunda, penitencias, sincera consagración religiosa, indómita rebelión frente a abusos y manipulaciones, pero a la par enorme seguridad en su propio juicio, en su propia interpretación de la Escritura, en su propia capacidad para encontrarse con Dios. Y, junto a esto, un despiadado espíritu de crítica y condena para todos los que no caminaran su ruta de salvación. Consecuente hasta el final, rompió todos los moldes que la tradición, la estructura de la Iglesia y la gran estructura sociopolítica del soñado sacroimperio le imponían. Es verdad que tuvo el apoyo de algunos estamentos religiosos y políticos de su entorno local y encontró el respaldo cultural del renacimiento y el humanismo como caldo de cultivo donde hacer germinar sus ideas. Fue la voz religiosa que cohonestó, hoy diríamos, un movimiento de liberación, que rompía estructuras seculares y consagraba al hombre individual como único interlocutor válido frente a Dios. Y ese hombre, en primer término, era él, Martín Lutero, que con ímpetu explosivo hizo saltar en pedazos la unidad del cristianismo medieval.

Frente a él, Ignacio, en silencio y soledad. No lleva en su interior el caos, como exige Nietzsche, para deslumbrar como estrella cegadora. Oculto en la cueva de Manresa, en ayuno y oración, perfila las líneas maestras de su librito de Ejercicios Espirituales. Acepta su condición de pecador y la necesidad de

² Trabajador infatigable, entre 1526 y 1546, según sus biógrafos, escribió un tratado cada dos semanas, con un total de más de 60.000 páginas manuscritas, que ocupan 102 gruesos volúmenes en la edición de Weimar.

la gracia de Dios, que se le da a través de los sacramentos de la Iglesia visible. Pone su esfuerzo en servir a Dios, al Rey Eterno en humildad y pobreza y emprende su peregrinación en busca del camino verdadero.

Nada espectacular en su vida. No cuelga sus tesis en la puerta del Castillo de Wittenberg. Simplemente, cuelga sus armas —espada y daga— en la reja del camarín de la Moreneta. No quema la bula pontificia, ni el código de derecho canónico. Quema sus blasones de noble, trueca sus ropas cortesanas —hasta la camisa— por las ropas de un mendigo y somete sus escritos a la aprobación de la Iglesia. No se enfrenta con el legado pontificio o con el emperador Carlos. Acude a Roma, pero no para plantar rostro al Papa, sino para ofrecerle sus servicios con humildad.

En cambio, Ignacio no se somete a las normas de una orden religiosa ya establecida, como Lutero, al profesar monje agustino en Erfurt. Ignacio creó una nueva orden religiosa que en la tradición de la Iglesia rompía moldes: sin hábitos, sin coro, sin limitación de jurisdicciones. Directamente a las órdenes del Papa para trabajar apostólicamente en «cualesquiera partes del mundo», sin fronteras, frente a las tendencias de igle-

sias locales, proclamando la universalidad de la [Iglesia de Roma].

Los doctores, Ignacio y Lutero, influyen en la posterior evolución de la Iglesia de Roma, pero de manera diferente. Lutero, désele fuera, fustiga, acosa y anatematiza. En la visión de Lutero, Roma estaba hecha para la muerte. Roma, no el cristianismo tal como él lo entendía. Ignacio, desde dentro, trabaja calladamente por una renovación necesaria que llevara nueva vitalidad a esa Iglesia acosada. Nunca dudó del valor y fortaleza de esa «*Túnica vera sponsa* de Cristo», como él le llamaba.

La historia nos muestra la enorme fragmentación en denominaciones e iglesias locales que se produjo en el protestantismo \ la muerte de Lutero y aún antes³. También la historia enseña cómo esa Iglesia de Roma logró superar su crisis de adaptación en las convulsiones del cambio y afirmar su unidad en la comunidad —algo disminuida— de sus fieles seguidores.

E. B., S.J.*

³ La Iglesia luterana cuenta hoy con más de 65 millones de fieles en todo el mundo. Las más de 400 denominaciones protestantes superan los 350 millones de fieles en todo el mundo.